

BADAJOS Y LA RECEPCIÓN DEL PENSAMIENTO MODERNO EN EXTREMADURA

[APUNTES PARA LA HISTORIA DE BADAJOZ
Real Sociedad Económica Amigos de País
Badajoz. 1993]

Como es bien sabido, el interés por el Darwinismo -y más concretamente su tratamiento imparcial como objeto de debate científico- constituye un excelente baremo para calibrar el grado de penetración alcanzado por la mentalidad moderna dentro de una comunidad determinada. Esto es debido a que la aparición del evolucionismo darwinista durante la segunda mitad del siglo XIX supuso un cambio radical en la visión del mundo y en la imagen que el hombre tenía de sí mismo.

La cosmovisión del mundo tradicional, fuertemente asentada sobre las concepciones del aristotelismo y del cristianismo medieval, había sufrido ya un duro quebranto en el siglo XVI con la aparición de la nueva imagen del universo que auguraba el heliocentrismo copernicano. Pero si el llamado *giro copernicano* fue radicalmente combatido porque desalojaba a nuestro planeta del centro la creación, el evolucionismo fue doblemente rechazado porque desplazaba al ser humano de su lugar privilegiado en la tierra, reduciéndolo a una especie más en la cadena evolutiva. No sólo chocaba esto con los presupuestos religiosos de la época, sino que repugnaba también al propio orgullo del ser humano.

Tan drástico cambio en el modo de pensar exigía una mentalidad abierta y desapasionada, actitud intelectual que sólo cabe encontrar en sociedades muy secularizadas y entre grupos humanos con un alto grado de capacidad discursiva. La aceptación del darwinismo como hipótesis científica supone, en realidad, la culminación de un largo proceso de reajustes mentales que tuvo su inicio con la Ilustración.

El simple hecho de que se hablase de evolucionismo -es decir, el sólo hecho de que no fuese este asunto un tema tabú- es ya indicativo de la existencia de un cierto pluralismo social. Significa que un sector ciudadano, por minoritario que fuese, se sentía ya con fuerzas como para afrontar una recia polémica con otros sectores más conservadores o arcaizantes, enemigos implacables del darwinismo y de los darwinistas.

La existencia de ese sector social la hallamos dentro de Extremadura en dos núcleos urbanos muy característicos: Badajoz y Plasencia; en tanto que otras poblaciones extremeñas -como por ejemplo la capital de Cáceres- guardaron un significativo silencio sobre el darwinismo hasta fecha muy tardía. Es un hecho significativo, porque sabemos que los profesores del Instituto provincial cacereño hicieron adquisiciones de libros relativos al darwinismo, casi en las mismas fechas en que se estaba polemizando sobre él en Badajoz. Por lo tanto, el silencio sobre un tema tan candente no se explica por ignorancia, sino por miedo o cautela de quienes conocían las tesis de Darwin en Cáceres pero preferían no aludir a ellas en sus libros de textos, conferencias o artículos de prensa, bien por miedo a las réplicas de los antidarwinistas, o por ser ellos mismos contrarios a esta doctrina y partidarios de mantenerla oculta tras el velo del silencio.

Badajoz, en cambio, fue campo de la batalla entre darwinistas y antidarwinistas y puerta de acceso, por así decirlo, del darwinismo en Extremadura. Y ello es debido a que en esta ciudad había sectores intelectualmente abiertos y culturalmente cualificados, a que se había ido produciendo en el tejido social de la ciudad un alto grado de secularización y a que existían también en Badajoz los medios de comunicación adecuados para acoger dicha polémica.

Creo que este hecho es muy indicativo de la fisonomía sociocultural de una ciudad como ésta, que desde antiguo estuvo abierta a las novedades teóricas del momento. Una fisonomía que se configura por la persistencia de una vieja tradición liberal, heredera a su vez de la Ilustración. Simplificando, podríamos decir que Badajoz fue la puerta de acceso del darwinismo en Extremadura, porque antes lo había sido también de la Ilustración.

Por ello, antes entrar con más detalle en las circunstancias del debate sobre el evolucionismo que se libró hacia 1883 en Badajoz, me gustaría referirme a esta tradición ilustrada, reseñando, aunque sea brevemente, sus principales hitos históricos.

PARADA Y FONDA DE LA ILUSTRACIÓN

Badajoz fue, en efecto, “puerta de acceso” o, si se prefiere, “parada y fonda” del ideario ilustrado, es decir, de todo ese agitado tráfico de ideas y mercancías que se conoce con el nombre genérico de “Ilustración”. Para justificar convenientemente esta tesis, voy a referirme a varios hechos, algunos de ellos bien conocidos, que indican la presencia dentro de la ciudad de un fermento ilustrado. Un ambiente favorable, que quizá no fuese cuantitativamente relevante, pero que resulta muy significativo, en cualquier caso, si se tiene en cuenta la escasa penetración que el ideario ilustrado tuvo en nuestro país.

La primera circunstancia digna de reseñarse es la presencia destacada de un hombre ilustrado, (don Vicente Payno y Hurtado) en la redacción y publicación de las Ordenanzas de la ciudad. La propia calidad y relieve de este personaje es indicativo de la existencia en Badajoz, durante la segunda mitad del siglo XVIII, de un núcleo de ciudadanos que se hallaban en perfecta sintonía con los designios reformistas de la monarquía borbónica, o que al menos buscaban cohesionar sus actuaciones con aquellas "Luces" que a duras penas iban encontrando acomodo entre las exiguas élites culturales españolas. Es sobradamente conocido -y ya reparó en ello don Vicente Barrantes- que ese tono ilustrado que advertimos en estas *Ordenanzas de la Muy Noble y Leal Ciudad de Badajoz* aprobadas por el Supremo Consejo de Su Majestad en 28 de enero de 1767 y dadas a la estampa ese mismo año en la imprenta de don Antonio Sanz, y la atención que en ellas se presta a las cuestiones agronómicas, se deben al abogado de los Reales Consejo y Alcalde Mayor de la ciudad, don Vicente Payno y Hurtado.

Payno fue -como muchos de ustedes saben- representante en las Cortes del Antiguo Régimen de las ciudades extremeñas con derecho a voto (Badajoz, Mérida, Trujillo, Llerena, Medellín y Alcántara) y se convirtió también en el principal adalid de las reclamaciones que la provincia de Extremadura planteó ante el Consejo de Castilla contra los abusos del Honrado Concejo de la Mesta. Dichos abusos y malas prácticas eran, según el largo memorial que Payno elevó al Consejo en 1764, obstáculo principal

que estorbaba al desarrollo de la agricultura y engrandecimiento material y espiritual de Extremadura. Sin entrar en la polémica de los intereses particulares a los que posiblemente atendía Payno, lo cierto es que toda la gama de argumentos que recaba en beneficio de su tesis proceden inequívocamente del ideario ilustrado. Por ello, el hecho que Payno fuese el verdadero artífice de las Ordenanzas de Badajoz, es indicativo, me parece, del alto predicamento que las Luces habían alcanzado en los centros municipales de poder de Badajoz.

Hemos dicho también que en el siglo XVIII Badajoz fue "parada y fonda" Ilustración, porque fue ciudad de tránsito y punto fronterizo en el que obligadamente recalaban los espíritus inquietos de la época, es decir los célebres viajeros de la Ilustración. Fue particularmente visitada por ilustrados ingleses, que fueron precisamente los que pusieron de moda hacer el gran *tour* por las cortes europeas. Esos viajeros gustaban transitar desde Lisboa a Madrid, y viceversa, seguramente para lisonjearse íntimamente de las ventajas materiales y culturales que llevaba la Gran Bretaña con respecto a los exóticos y depauperados reinos de la Península Ibérica. Pero también se aposentaron en Badajoz ilustres viajeros españoles, italianos y franceses. Algunos franceses, como el caso del célebre Alexandre Laborde, que anduvo por aquí poco antes de la invasión napoleónica, se entregó a recoger con tal detalle todo lo referente a la ciudad y a sus defensas, que se ha dicho que la finalidad oculta de su *Itinerario descriptivo de España* fue, en realidad, la de hacer de "tapadera" para practicar impunemente el espionaje militar con vistas a la futura invasión.

Muchos de los testimonios que dejaron estos viajeros dieciochescos de su paso por Badajoz han sido recogidos por Fernando Pérez Marqués en el *Espejo Literario de Extremadura*, y más particularmente los británicos han sido antologados, anotados y referenciados por Maria Dolores Maestre en su libro *Doce viajeros por Extremadura en los libros de viaje ingleses (1760-1843)*.

Tenemos, pues, que Badajoz fue apeadero de viajeros ilustres, que al paso por la ciudad dejaron, en sus palacios y casas principales, el testimonio de las nuevas modas indumentales, literarias o filosóficas que llegaban de Francia. Pero fue también la aduana permeable por la que circularon clandestinamente algunas de estas novedades, lógicamente aquellas que por su carga ideológica no tenían curso franco entre nosotros. Si hubiera tiempo para ello, podría señalar datos muy sabrosos sobre requisas de abanicos con emblemas y leyendas que aludían a la Revolución Francesa, o la denuncia de un comercio de la calle de San Juan que vendía cajas de música con estampas libertinas. Me referiré tan sólo, por su neta significación cultural, al caso de un alijo de libros interceptados por la Inquisición en la frontera portuguesa. Su destino era, al parecer, la biblioteca de Don Pedro Gómez Labrador. Este extremeño (que jugó más tarde un importante papel en las negociaciones del Congreso de Viena con el título de marqués de Labrador) era en el momento de los hechos que relatamos -finales del siglo XVIII- oidor de la Real Audiencia de Sevilla. Los libros retenidos en la frontera incluían títulos de Locke, Pope, Mably, y Rousseau, aunque, este último según anotación del calificador del Santo Oficio, resultó que no era el "impío" Juan Jacobo, sino su homónimo el ortodoxo Bautista Rousseau.

En resumen, Badajoz fue parada, fonda y también aduana del "contrabando" ilustrado, sobre todo cuando a la muerte de Carlos III las "novedades de Francia" pasaron a ser

mercancías prohibidas por un gobierno cada vez más asustado por las noticias de la Revolución.

En este contexto de repliegue ideológico que se produce en las instancias oficiales de la monarquía, hay que situar también la negativa a cierta solicitud cursada al Gobierno por otros moradores de Badajoz, futuros prohombres del liberalismo. Algunos de ellos sin duda comenzaban ya a acariciar para España una tercera vía, que no era ni la de la Revolución Francesa, pero que tampoco era la del viejo y fracasado despotismo ilustrado: la vía hacia ese modelo de monarquía constitucional que sería defendida desde los comienzos de la guerra de la Independencia por los adalides extremeños del liberalismo gaditano. De este núcleo badajocense de liberales, conectado posiblemente con el círculo madrileño de Manuel José Quintana, partió en 1804 la idea de fundar un periódico literario. Firmaban la solicitud ante el juez de imprentas el emeritense José María Calatrava y un tal Ignacio Cuadros. Figuran ambos como residentes en Badajoz, y era ésta la ciudad en la que pensaban establecer la redacción del proyectado semanario de literatura. Los promotores adjuntaban un prospecto y varios sumarios, solicitando del Consejo permiso para imprimirlo y la designación de un censor en Badajoz que supervisase los números sucesivos. La respuesta del Consejo, que dejó a la capital de Extremadura sin este prometedor periódico, no tiene desperdicio: "no ha lugar, hay demasiados periódicos. Firmado en Madrid, a 17 de agosto 1804."

Aunque fuese de fundación tardía, la Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz, sería la corporación que recogería todos los frutos de la abundante semilla que la Ilustración y el liberalismo había ido esparciendo en la ciudad desde finales del siglo XVIII. Su establecimiento por orden de Fernando VII en 1815, respondió a la voluntad del monarca de ensayar viejos remedios para atajar la decadencia de la maltrecha hacienda pública, intentando retrotraer la historia a los tiempos del despotismo ilustrado y dejar a un lado -como si no hubiese tenido lugar-, toda la obra reformadora de las Cortes de Cádiz.

Fueron, sin embargo, aquellos herederos de la revolución liberal los que ocuparon los cargos de mayor responsabilidad dentro de la Económica, dando larga y fructífera vida a esta institución que hoy nos acoge. Sin lugar a dudas, fue ésta la corporación de la que partieron la mayor parte de las iniciativas de reformas educativas, estudios y arbitrios económicos para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos de Badajoz. Cualquier clase de empresa cultural o de regeneración social, aunque naciese en otros ámbitos, halló también en la Económica su sostén, del mismo modo que actuó también de foro de discusión científica y puente cultural con otras corporaciones y canal de recepción de novedades teóricas de todo género.

BADAJOZ, LIBERAL

Durante el Trienio Liberal -etapa por cierto interesantísima para comprender todo el desarrollo sociocultural y político del siglo XIX- fue un censor de la Económica, D. Manuel de la Rocha, el que impulsó y organizó el primer establecimiento secular de enseñanza secundaria de Badajoz, haciendo con ello fiel cumplimiento de la divisa *Fomenta enseñando*, que campea como lema de la Económica. Rocha, -que como poeta dio a conocer sus églogas bajo el seudónimo de "El Pastor de Extremadura" en prestigiosas revistas de la época como *La Miscelánea*- fue según la opinión pública de

su tiempo, cautamente recogida por Moñino, el primer masón que se inició en Badajoz, dando acogida en su casa durante la ocupación francesa a una logia de oficiales napoleónicos.

Lo que sí es verdad contrastada es que en la Universidad de Provincia que fundó en Badajoz, junto con otros caracterizados liberales, dio cabida a corrientes de pensamiento como el sensismo de Destutt de Tracy o la estética de Ruggier Blair.

Como es natural, el abrupto final del Trienio acalló momentáneamente todo este bullir de novedades, pero la huella subterránea de su influjo se mantuvo viva en la ciudad, de modo que a la muerte de Fernando VII de nuevo resurgirá con renovados bríos. Sólo que, como ha dicho Gil Novales, la frescura del primer liberalismo se habrá perdido ya para siempre.

Entre los jóvenes se percibe una búsqueda de señas de identidad generacional que los diferencie del viejo liberalismo doceañista, sensista, utilitarista, universalista y neoclásico. En el ambiente intelectual y literario hay una actitud favorable al espiritualismo, el utopismo filantrópico, al historicismo y al nacionalismo, es decir al romanticismo. Pero lo cierto es que en el terreno del pensamiento no hay entre los liberales ya esa unanimidad casi absoluta que caracterizó al periodo precedente, cuando todos, con independencia de su mayor o menor grado de radicalismo político, seguían las doctrinas filosóficas derivadas de la Ilustración. Ahora el panorama se diversifica notablemente. Unos seguirán las ideas del liberalismo doctrinario (como los extremeños Donoso Cortés y Gabino Tejado), otros profundizarán por la senda empirista y sensista derivando hacia el materialismo o el positivismo, como es el caso de José Segundo Flórez, en tanto que otros preferirían esa zona templada que vino a llenar el krausismo.

Ciñéndonos a la ciudad de Badajoz, hay que decir que en los años en que residió en ella Gabino Tejado, este intelectual extremeño no había definido aún su perfil doctrinal conservador, y su entonces juvenil entusiasmo le llevaba a defender posiciones que nada tenía que ver con el doctrinarismo tradicionalista de que haría gala en su madurez. El caso del futuro apóstol del positivismo, José Segundo Flórez sí que es, en cambio, un ejemplo de evolución intelectual coherente y lógica. Este exfraile agustino había sido habilitado como profesor del Seminario Diocesano en un momento en que dicho establecimiento acogía también a alumnos seculares y estaba sujeto a la supervisión de las autoridades civiles, o así al menos lo pretendían éstas. Flórez, acogido a la libertad de cátedra, explicaba la lógica siguiendo a Destutt de Tracy y Condillac, y la filosofía moral por los textos de d'Holbach. Ese fue el verdadero motivo por el cual el gobernador eclesiástico le despojó de su cátedra en diciembre de 1836. Aunque el jefe político defendió los derechos del exclaustro, lo cierto es que éste tuvo que abandonar la ciudad y tras varios años de ejercer el periodismo en Madrid, terminó recalando en París, donde llegó a ser uno de los íntimos de Augusto Comte. La evolución desde la filosofía de Destutt al positivismo es bastante consecuente, pero no hay que descartar que Flórez conociese las líneas esenciales del pensamiento comtiano antes incluso de salir de Badajoz puesto que en enero de 1830 uno de los muchos periódicos que tenían su punto de suscripción en esta ciudad, en el establecimiento de Manuel Sánchez Hidalgo, había publicado un amplio resumen del *Curso de filosofía positiva* de Augusto Comte.

Fue también estos años, inmediatos a la muerte de Fernando VII, cuando el profesor Julián de Luna escribió su ensayo *Sobre la Felicidad*, que es un texto de

inspiración fuorieriana. Estas preocupaciones sociales de índole utópica las hallamos también en los escritos de Andrés Álvarez Guerra, que según leemos en las portadas de sus opúsculos los vendía en la célebre Fonda de las Cuatro Naciones en la que se alojó Larra durante su visita a Badajoz. En 1820 Andrés Álvarez Guerra había publicado en la Imprenta badajocense de Juan Patrón, un cuaderno sobre el *Crédito nacional*, en el que proponía una socialización de la propiedad agraria, que por cierto se parece bastante a la que otro extremeño dejó pergueñada a finales del siglo XVIII en un manuscrito recientemente dado a conocer por Gonzalo Anes. Tanto Julián de Luna como Andrés Álvarez Guerra fueron también socios de la Económica. Hay que decir, en honor a la verdad, que fue también esta corporación la que promovió en 1844 la creación de un Instituto Provincial. Sin ningún género de dudas, este establecimiento nació bajo el signo de una burguesía local progresista y secularizada, que desde un comienzo vería en el Instituto un aparato de difusión ideológica y de legitimación social. De ahí el amplio apoyo que prestó dicho sector de la ciudadanía badajocense al krausista Tomás Romero de Castilla, al darwinista Máximo Fuertes Acevedo o al librepensador Anselmo Arenas, cuando estos profesores del Instituto Provincial fueron objeto de campañas de desprestigio o de sanciones administrativas, promovidas por parte del clero ultramontano y de los sectores más reaccionarios de la sociedad extremeña. Tales conflictos, que conmocionaron la vida local durante la década de 1880, fueron un reflejo, o incluso una consecuencia inmediata, de las batallas a favor de la libertad de cátedra que se venían librando a nivel nacional desde 1875.

LA BATALLA DEL DARWINISMO Y DEL LIBRE PENSAMIENTO.

Se mantuvieron en aquellos años muchos y muy vivos debates filosóficos (sobre la compatibilidad del krausismo y del tomismo, sobre la libertad de cátedra o sobre la ortodoxia de la masonería) pero nosotros nos vamos a centrar en los debates entorno al darwinismo porque, como decíamos al principio, el darwinismo, -a diferencia de otras teorías científicas más abstractas y con menor carga emocional-, llegó a convertirse durante las décadas finales del siglo XIX en objeto de público debate. En Extremadura, desde Plasencia a Llerena, desde Villanueva a Badajoz, no hubo claustro de profesores, redacción de periódico o corrillo de sacristía en donde no vibrase el encendido eco de la polémica. Ahora bien, la recepción de esta doctrina revistió en cada sitio sus peculiaridades y sus ritmos propios.

Cronológicamente podríamos distinguir tres fases o etapas: fase de recepción, fase polémica y fase de asimilación.

Fase de Recepción

Constituida por un conjunto disperso de ecos puntuales y confusos de la polémica suscitada por el darwinismo en otras tierras, que aparecen en la prensa de Badajoz y Plasencia. Alguna nota publicada en *El extremeño* o en *El Eco Lusitano* de Plasencia donde se cita a Darwin en 1880, algún aviso a la feligresía por parte del clero local sobre los peligros que acarrea esta teoría y poco más. Nada de importancia salvo unas *Cartas desde París*, aparecidas en *La Crónica* de Badajoz. Con toda seguridad estas colaboraciones (firmadas con la inicial "N") fueron remitida por Nicolás Salmerón desde su exilio parisino y constituyen un documento poco conocido y de singular importancia para la Historia del Pensamiento Español, puesto que marcaría un hito en la

evolución intelectual (desde el krausismo ortodoxo al krausopositivismo) de este gran filósofo y político que llegó a ser Presidente de la Primera República Española.

La fase de recepción podría considerarse cerrada con la necrológica de Darwin aparecida en el *Boletín revista del Instituto de Badajoz*. La muerte del autor de *Origen de las especies* atrajo sobre sus teorías la atención del gran público, algo que no podían admitir sus detractores, iniciándose entonces una fase de debate público que sin duda fue mucho más que una simple controversia científica.

Fase Polémica

El darwinismo pasa a ser también en Extremadura "la cuestión palpitante". Se produce un debate en la Academia de Ciencias Médicas entre los doctores Gonzalo Valdés y Vázquez Lemus.

Se publica *El darwinismo. Sus adversarios y sus defensores* (Badajoz, Tip. La Industria, 1883) obra Máximo Fuertes Acevedo, catedrático de Física y director del Instituto. Esta prudente y objetiva información sobre el evolucionismo será interpretada por parte del clero local como una intolerable legitimación de la abominable doctrina transformista y dará lugar a una campaña antidarwinista que cubrirá varios frentes.

El orquestador de esta campaña será el canónigo lectoral y rector del Seminario Ramiro Fernández Valbuena, quien anteriormente había utilizado su agudeza literaria contra masones, krausistas, y librepensadores de toda laya. Tan poderoso paladín de la ortodoxia emprendió contra el libro y la persona de su autor una sañuda serie de "Varapalos" publicados en el periódico ultramontano *El Avisador de Badajoz*, que era sostenido officiosamente por el obispado pacense.

Toda la serie de "Varapalos", que aparecieron bajo el seudónimo de "Clara de Sintomores", los recogió Fernández Valbuena en un libro titulado *El darwinismo en solfa* (Madrid, Imprenta de viuda e hijos de Aguado, 1887). El objetivo era hundir el crédito intelectual y humano de Fuertes Acevedo y para ello todo vale, incluso sátiras absolutamente ofensivas y sangrantes.

Y como todo vale para atajar la impía doctrina, se recurrirá también a la destitución de Fuertes Acevedo en un alarde caciquil en el que las autoridades locales maniobraron logrando sus fines represivos, utilizando pretextos varios para sustituirlo en 1884 por el conservador catedrático de latín Francisco Franco.

Tras la partida de Fernández Valbuena a Toledo, remitirán las campañas ultramontanas. A partir de entonces otros profesores toledanos, entre ellos Julián Besteiro, serán los destinatarios de la furia apologética de este canónigo, un apologista que era "más papista que el papa" y de cuyo conservadurismo integrista de buena idea ún opúsculo suyo titulado *El liberalismo es pecado*.

Fase de Normalización

Quienes primero admitieron el darwinismo fueron los médicos, por ejemplo Vázquez Lemus en su *Discurso*, de 1890 en la Academia de Ciencias Médicas, aunque también los hubo contrarios como el doctor Crespo Escoriaza, Fandón o Regino de Miguel.

Finalmente terminaron por aceptar ciertas forma de evolucionismo mitigado incluso sectores del clero, como Tirso Lozano Rubio, que en su *Léxico filosófico* incluido en el *Atlas geográfico compuesto para los alumnos de Historia de la Filosofía*, (Badajoz, Uceda Hermanos, 1896) distinguía entre el "transformismo espiritualista", admisible con reservas, y el "transformismo materialista", que será el que había que combatir y condenar.

BIBLIOGRAFÍA

PÉREZ GONZÁLEZ, Fernando Tomás: *La introducción del darwinismo en la Extremadura decimonónica*. Cáceres, Institución Cultural "El Brocense". Diputación Provincial, 1987.

"José Segundo Flórez, un albacea de Augusto Comte", *Revista de Extremadura*, nº 9 (Sept.-Dic., 1992) pp. 123 y ss.

"Enseñanza e Ilustración en Extremadura", *Alcántara*, nº 29 (mayo-agosto, 1993) pp. 7-35.

"Enseñanza y Liberalismo. Las Universidades de Provincia durante el Trienio Liberal", *Trienio* nº 25 (mayo 1995) pp. 85-133.